

Vidyā

Marzo 2016



SUMARIO

El deseo, problema de fondo en la realización

Dama (autodominio)

El comprensión del sufrimiento como instrumento de conocimiento del sí

Aceptación

¿Quieres?

Periódico trimestral: Año VI, N° 21 - Marzo 2016
Expedición previa suscripción gratuita.
Dirección y Redacción: Āśram Vidyā España, Madrid.
Correo electrónico: vidya@asramvidya.es
© Vidyā. Roma

Publicación no comercial

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial en ningún tipo de medio físico o virtual sin previo consentimiento expreso por escrito por parte del editor.

EL DESEO, PROBLEMA DE FONDO DE LA REALIZACIÓN¹

de Adriano

Por tanto, es la comprensión, una mayor consciencia-discernimiento entre lo Real y lo no real, lo que invalida, frustra o resuelve el deseo, y no el rechazo, la inhibición o la contraposición a él, ni siquiera el deseo de su cese.

En la Vía del Conocimiento, cada deseo gradualmente desaparece no porque sea frenado o inhibido, sino porque se reconoce conscientemente que todo hecho o evento es un simple aparecer y desaparecer.

«El que ha comprendido verdaderamente cómo son las cosas, no puede tener deseos. Quien comprende no tiene deseos, porque reconoce que cualquier objeto de deseo, siendo pasajero, en realidad... *no es*».

Si en la vida diaria está presente este tipo de comprensión, podremos disfrutar con serenidad de cualquier cosa, evento o relación placenteros sin apearnos a nada ni a nadie.

Reconocer que el deseo, en toda dimensión existencial, siempre se dirige hacia cosas que aparecen y desaparecen,

¹ Continúa del *Vidyā* de Diciembre 2015.

por tanto, hacia objetos no reales, significa vaciarlo totalmente de valor, de significado, de interés.

Vivir tal reconocimiento en la vida cotidiana equivale a “parar”, significa situarse en el Silencio interior, en la actitud justa para el despertar al Ser absoluto

El deseo de Dios (el Absoluto) eleva y purifica profundamente la conciencia, pero “al final, también el deseo de Dios debe desaparecer en el silencio para que Dios pueda revelarse en la Conciencia”.

La Realidad, el Ser absoluto, el Sí-mismo, la verdadera Naturaleza, se desvela espontáneamente en la Conciencia silenciosa sólo cuando el sueño-deseo ha cesado; y cualquier sueño-deseo termina, de modo natural, cuando “se reconoce que está dirigido hacia ese mundo donde las cosas, las circunstancias, en realidad... no son”.

En relación con este asunto, mencionamos algunos fragmentos de Ráphael:

«Existe un evidente e intenso deseo por los falsos objetos, pero la multiplicidad no existe. Realizando la no-existencia de la multiplicidad se vuelve uno libre de desear intensamente las cosas no reales, por lo que no se está sometido al Nacimiento» (*Māndūkyakārika*)

«El *asparśin*, en el fondo, no renuncia a las cosas del mundo porque - desde el punto de vista de la Verdad última, y es la que sólo cuenta para el *asparśin*- estas cosas... no son» (*Māndūkyakārikā*).

«Cuando comprendemos el deseo, cuando seguimos esta energía que nace, avanza y nos impulsa al conflicto, cuando comprendemos su verdadero movimiento, somos liberados de la limitación y de la esclavitud, y donde hay comprensión no puede haber inhibición, fuga u otra cosa». (*En las Fuentes de la Vida*)

«Donde hay un yo que desea... allí hay...conflicto y dolor». (*Eso eres tú*)

«No hay condición psicológica más adecuada y armoniosa que aquella que está libre de deseo». (*La Vía del Fuego*)

«El fuego del júbilo emerge cuando están resueltos todos los deseos». (*Ibíd.*)

«El deseo es el propulsor que impele hacia la cima del dolor» (*Ibíd.*).

«El deseo es un espejismo que empuja hacia un movimiento sin fin, a un callejón sin salida» (*Ibíd.*)

«La gama de deseos es ilimitada, representa una escalera: cuanto más la subes, más insatisfecho te encuentras. El deseo es la causa del devenir (nacimiento y muerte); sólo el Fuego de la Realización consigue quemarlo» (*Ibíd.*)

«El Amor no puede emerger cuando subsiste el deseo. Para amar es necesario no desear... » (*Ibíd.*)

«Cuanto más se desea, más se aleja uno de la Realidad del Ser». (*Ibíd.*)

«No hay nada peor que apearse a los fantasmas efímeros y fenoménicos, no existe mayor estupidez que creer en lo que no existe (el mundo de la transitoriedad)... » (*La Triple Vía del Fuego*, Sección I, II 42)

«Por tanto, si las cosas no son porque no son Ser, deberás convenir que ocuparse, constreñirse, someterse a datos que aparecen y desaparecen es una locura ». (*Ibíd.*, Sección I, II 55)

«Si las cosas que percibes en ti y fuera de ti *no son* –porque pertenecen a la esfera de lo contingente y efímero, es decir, al no-ser–entonces, ¿de qué podrás desapegarte?». (*Ibíd.*, Sección I, III 37)

«Los eventos-cosas, o el tiempo-espacio, no conducen al Ser Incondicionado. Sólo cuando los eventos-cosas o el tiempo-espacio cesan, el Ser se desvela y se demuestra por sí mismo». (*Ibíd.*, Sección I, III 38).

«Cuando la conciencia, por medio del conocimiento resolutivo, se retira en sí misma porque ha reconocido el mundo de la dualidad (tosco, sutil y causal) privado de realidad absoluta, entonces descubre el Cuarto, *Turiya*, el Uno-Sin-Segundo» (*Māndūkya Upanisad*) .

«¿De qué debemos desapegarnos o a qué debemos renunciar, si el segundo, esto es, lo percibido, a todos los niveles, es pura ilusión..., no es?» (De un diálogo con Ráphael).

Frases de Poonja:

«El Silencio te da júbilo, pero no lo sabes. Atribuyes tus júbilos a los objetos, no al Silencio, pero es liberarse del deseo lo que te vuelve feliz...». (*Svegliati a Ruggisci*)

«Tu verdadera Naturaleza es la ausencia de deseo...». (*Ibíd.*)

«Si no reconoces tu verdadera Naturaleza, nunca serás feliz». (*Ibíd.*)

«Cuando no piensas, eres feliz. Cuando eres feliz, no piensas...». (*Ibíd.*)

Frases de Svāmi Nikhilānanda:

«La superación de los deseos es liberación y el hombre libre de deseos es llamado *jīvanmukta*...» (*El hombre en busca de la inmortalidad*).

«Eliminando el último vestigio de deseo tiene lugar la experiencia ininterrumpida de *Brahman-Ātman*...». (*Ibíd.*)

«Cuando todos los deseos que moran en el corazón cesan, entonces lo mortal se revela como inmortal y, aquí mismo, alcanza el *Brahman*... Esta es toda la Enseñanza». (*Ibid.*)

Honores y Gloria, siempre y en todo lugar,
al eterno Conocimiento *Advaita* o supremo
Conocimiento de Identidad

OM

DAMA (AUTODOMINIO)¹

«Si una mañana al despertar te propones hacer alguna cosa que al acostarte no has hecho significa que no te has despertado²».

¿Cuántos de nosotros comenzamos una dieta para perder algunos kilos y al final del año no obtenemos ningún resultado? ¿Cuántos de nosotros continuamos repitiendo cada día que debemos hacer actividad física, caminar diariamente, dejar de fumar, etc., sin decidimos a hacerlo verdaderamente? ¿O quizá comenzamos por un tiempo para volver a caer después? ¿Cuántos de nosotros decidimos llevar una *sāadhanā* de armonía interna en un día de optimismo, pero luego no lo logramos?

Una buena dosis de autodominio es lo que nos ha faltado a todos aquellos que nos hemos encontrado experimentando situaciones similares. El autodominio o autodisciplina es esa cualidad que, junto con una visión clara del objetivo que se quiere alcanzar, una vez deliberada la intención de alcanzarla y habiendo establecido correctamente los pasos que se intentan seguir, así como su secuencia, su tiempo y su modalidad, garantiza la consecución del resultado deseado gracias

¹ Publicado en el periódico *ὄδος*, octubre de 2013

² Ráphael, *En las fuentes de la Vida*, Āśram Vidyā España, Madrid.

a su efectiva y correcta ejecución. El autodominio sirve para vencer la natural inercia del ser humano, al cual le resulta difícil mantenerse centrado en una acción o en una serie de acciones que carecen de una gratificación inmediata. La naturaleza humana se activa exclusivamente en función de las gratificaciones y si éstas no son inmediatas, tras un cierto tiempo, corre el riesgo de mermar su intensidad.

El autodominio es la única cualidad que nos permite actuar conscientemente y de un modo estable, en abierto contraste con nuestra naturaleza inferior.

El autodominio además forma parte del grupo de las seis cualidades, y dicho grupo, según el *Vivekacūḍāmaṇi*, es uno de los cuatro medios o cualificaciones esenciales para la realización:

«18. Los Sabios han dicho que para la realización hay que practicar cuatro cualificaciones, sin las cuales la actualización del Brahman puede fallar.

19. La primera es la discriminación entre lo real y lo no-real (nityānityavastuvivekaḥ), la segunda es el desapego de los frutos de la acción tanto en este mundo como en otros; la tercera está formada por el grupo de seis cualidades, como la calma mental, etc., y la cuarta es la aspiración decidida y ardiente a la liberación.

23. Dama, [esto es, el] autodominio, se alcanza cuando los dos grupos de órganos sensoriales se apartan de sus correspondientes objetos, reconduciéndolos a sus

respectivos centros. El recogimiento (uparati) puede considerarse perfecto cuando los objetos externos cesan de poner en movimiento la modificaciones mentales¹ (vṛtti)».

Ráphael nos ofrece una buena sugerencia sobre cómo conseguir el autodomínio en el comentario al *sūtra* 63 del capítulo segundo de la *Bhagavadgītā*, que, precisamente, dice:

«Las pasiones, con su vórtice turbulento, atrapan y sumergen las cualidades *sattva* del ser que, en consecuencia, se encuentra privado de la más profunda autoconsciencia sobre cómo pensar y actuar correctamente. Las emociones bloquean la facultad mnemónica, la inteligencia y la voluntad como aspecto deliberante. Si la conciencia del individuo alcanza la *buddhi*, en el plano empírico se pueden estimular fácilmente las emociones reorientándolas hacia el aspecto creativo impersonal. En otros términos, se trata de transmutar o reorientar la esfera sensorial sutil y esto se puede llevar a cabo situándose a una “justa distancia” respecto de las corrientes energéticas productoras de eventos”².

¹ Sañkara, *Vivekacūḍāmaṇi*, traducción del sanscrito y comentario de Ráphael. 18, 19, 23.

² *Bhagavadgītā*, traducción del sanscrito y comentario de Ráphael, II, comentario al *sūtra* 63.

Entonces, en definitiva, el logro del autodomínio pasa por una transmutación de esas mismas energías que esclavizan la conciencia individualizada a través de las pasiones. Estas energías, de tipo puramente emotivo-sentimental, pueden por tanto ser reorientadas hacia el aspecto creativo impersonal, estableciendo una justa distancia respecto de aquella corriente de energía que es responsable de la producción de eventos. Pero, ¿cómo activar este proceso de reorientación-transmutación? ¿Cómo mantenerlo estable? Como siempre, la premisa más importante para llegar a cualquier objetivo es la de disponer de una motivación adecuada. Si la motivación es demasiado débil o insuficiente, corre el riesgo de que aparezcan obstáculos más o menos grandes que llevan, en un cierto punto, al abandono del propósito.

En el caso del autodomínio con fines realizadores, la mejor motivación, de acuerdo con el *Vivekacūḍāmaṇi*, es la cuarta cualificación o cuarto medio cardinal para la realización del *Brahman*, es decir, la aspiración decidida y ardiente a la liberación. Esta cualificación es, de por sí, suficiente para fortalecer la voluntad y hacer emerger la perseverancia (*titikṣā*), cualidad que se revela muy importante, sobre todo en los momentos difíciles, porque permite proseguir la búsqueda del propio objetivo a pesar de todo, incluso en las fases y momentos más críticos del recorrido realizador. Debemos, por tanto, evocarla y fortificarla.

Hemos visto en el comentario citado anteriormente cómo Ráphael sugiere situarse a una justa distancia de las corrientes energéticas responsables de la producción de los eventos, esto es, de los contenidos subconscientes. Para poder obtener este resultado se debe operar un desprendi-

miento de estos a través de la desidentificación. Pero este proceso no es automático, ni mucho menos uniforme: no es suficiente tener éxito una vez para poder decir que se ha operado de manera definitiva el desprendimiento y la desidentificación respecto de los contenidos. Por el contrario, el asunto se asemeja más bien al entrenamiento deportivo, donde a través de una oportuna serie de tentativas repetidas y sus consiguientes fallos, nos fortificamos con el propio ejercicio y se comienzan a observar los primeros tímidos progresos. Llegados a un cierto punto, puede que comencemos a observar auténticos éxitos y que sucesivamente volvamos a fallar. Es precisamente en esta fase donde el autodominio y la perseverancia unidas juegan su rol más importante. Ellos permiten continuar la obra prescindiendo de los resultados aparentes (éxitos y fracasos) hasta llegar finalmente a una completa estabilización de la conciencia en un punto situado a una justa distancia respecto de los contenidos psíquicos. Es a partir de este punto donde se puede empezar a realizar, de modo concreto, ese completo autodominio (*dama*) que lleva al perfecto recogimiento interior (*uparati*).

LA COMPRENSIÓN DEL SUFRIMIENTO COMO INSTRUMENTO DE CONOCIMIENTO DE SÍ¹

«Muchos confunden la autorrealización con la autoafirmación o la afirmación del yo como individualidad. Piensan que autorrealizarse significa cuidar egoístamente al yo, pensar en el yo, adoctrinar al yo, estar siempre pendiente de sí mismo como *individuo*. Algunos lo hacen con buena fe, otros desafortunadamente, no.

Autorrealizarse significa desvelar la Esencia principal y la Plenitud que están *más allá* del yo y de todos los atributos del yo. Realización significa conocimiento de uno mismo, y conocerse verdaderamente a uno mismo es acabar con el conflicto y con todo tipo de apropiación; es el mejor don que se le puede ofrecer a la Vida, el servicio más beneficioso para los demás»².

Conocerse a uno mismo implica también la comprensión del propio sufrimiento.

¹ Publicado en el periódico *óδοζ*, octubre 2015.

² Ráphael: *La Triple Vía del Fuego*, II, IV,12 Āśram Vidyā España, Madrid.

Comprenderlo es un trabajo arduo y laborioso, pero posible, si se observa desde un centro de conciencia inmóvil. Desde ahí debemos desidentificarnos del yo empírico, para estabilizarnos en la Conciencia pura.

El que sufre y vive en el conflicto es el yo empírico, no el divino, lo Constante.

«Entre dos ideas o entre dos estados (vigilia y sueños, etc.) existe lo Constante. Pero el yo empírico está acostumbrado a vivir en el tiempo-espacio discontinuo y no es capaz de desapegarse de él porque considera lo Constante y la Plenitud como simple vacuidad.

«Para Dios, los cuerdos son locos y los locos son cuerdos”»¹.

Existe una distinción profunda entre el yo empírico y el Sí-mismo, esto es, el Yo ontológico, nuestra verdadera Naturaleza.

El yo empírico es el reflejo del Sí-mismo, no tiene una substancialidad y autonomía propia, se identifica con las emociones, los sentimientos, los eventos, con todos aquellos objetos de los que se apropia y que constituyen la aparente dualidad; el yo, según las circunstancias, se pone diversas máscaras. En realidad no se trata de dos yoes, dos o más entidades separadas y diferentes, sino que son sólo diferen-

¹ *Ibíd*, II, III, 9 Āśram Vidyā España, Madrid.

tes grados de manifestación y de identificación del yo con algunas formas¹.

«El yo personaje es un reflejo de la Chispa manifestada (Alma) y ésta, a su vez, es un reflejo del Fuego incoloro (el Sí-mismo).

Si entramos en la conciencia del Alma, en su plano, podemos tener memoria de algunos de los yo-personajes que hemos interpretado a lo largo del tiempo. Pero esto carece de importancia; tomar conciencia de ilusiones pasadas no significa solucionar el propio problema existencial. La ilusión no crea más que ilusión, el tiempo no conduce sino al tiempo»².

En cambio, el Yo supremo o el Sí-mismo, siendo una realidad última y constante, es el fundamento metafísico del yo empírico contingente, causa del continuo conflicto.

El sufrimiento y el deseo están ligados indisolublemente. Un sufrimiento siempre se debe a una pérdida, real o temida, de cualquier objeto anhelado por el yo adquisitivo, que vive en el devenir espacio-temporal, que se nutre y se perpetúa en la satisfacción de los deseos y nunca llega a estar satisfecho.

El dolor, el sufrimiento, nace porque se relacionan las experiencias con un yo, como si fuese el protagonista exclusivo de aquello que acontece.

¹ ASSAGIOLI, Roberto: “Principios y métodos de la psicósintesis terapéutica, Astrolabio Ubaldani, Roma 1973, p. 26

² Ráphael: *La Triple Vía del Fuego*, II, IV,30

«El “sentido del yo” consiste en relacionar cada experiencia con uno mismo cual entidad dividida y contrapuesta. Pero no existe experiencia, ni siquiera la más hermosa, que pueda dar verdadera perfección al “sentido del yo”.

El Yo es un cúmulo de deseos insatisfechos, y la verdadera perfección no se puede hallar en el plano del deseo, sino en la muerte del deseo mismo, es decir, del yo psíquico»¹.

Reflexionemos profundamente sobre lo siguiente: “la verdadera plenitud no puede encontrarse en el plano del deseo si no en la muerte del deseo mismo, por tanto, del yo psíquico”, no hay nada más que hacer.

Un salto, un paso más allá del yo psíquico y separador, se realiza cuando “se suelta la presa”, cuando nos desidentificamos del yo-deseo y se actúa sin apego al fruto de la acción, es decir, sin esperar nada a cambio.

Se debería vivir sin deseos y cumplir acciones sin expectativas, aceptando todo aquello que acontezca, observando a la luz de la consciencia, evitando así caer en el círculo vicioso de causa y efecto, acción y reacción, que antes o después desemboca en el conflicto y en el sufrimiento.

El yo, en cambio, tiene siempre necesidad de compensaciones para llenar su carencia y su incompletitud. Es el yo quien crea las distinciones y el sentido de posesión, donde hay un yo hay siempre un mío y un tuyo.

¹ *Ibíd.* II, IV,17

«El yo confunde su egoísmo y su deseo con el amor, y es tal esta forma-imagen en la conciencia que, cuando se habla de amor, no puede sino relacionarlo con la exigencia del propio yo y del de otros.

Según el mundo del yo, complacer el deseo de un individuo significa amarlo. La mayor debilidad del hombre hacia los demás es considerada amor. Hace milenios que la humanidad habla de amor, pero al Amor todavía se le ha de descubrir y desvelar. Cuando esto se consiga, la sociedad vivirá en el más perfecto Acorde y en la auténtica coparticipación de corazones»¹.

«Quien carece de reacción vive el libre fluir de la vida, vive en el plano de las no-resistencias, goza de una gran libertad. Quien ha superado toda reacción ha trascendido todo enfrentamiento u oposición, ha resuelto lo mío y lo tuyo»².

¿Cuándo se puede ser verdaderamente libre? Cuando de lo mío y de lo tuyo se pasa a lo “nuestro”.

Cuando vivimos en unidad con el Todo, estamos en armonía con la Vida, el otro no es distinto de nosotros, en otro nivel del ser él es “nosotros mismos”. Y aquello que vivimos no lo referimos a un yo acaparador, sino que vivimos momentos de compartir y de un libre fluir energético.

¹ Ráphael: *La Triple Vía del Fuego*, II, IV,27

² *Ibíd*, II, IV,20

Cuando vivimos en unidad con el Todo, estamos en armonía con la Vida, el otro no es distinto de nosotros, en otro nivel del ser él es “nosotros mismos”. Y aquello que vivimos no lo referimos a un yo acaparador, sino que vivimos momentos de compartir y de un libre fluir energético.

«El Amor es acorde con la esencia de la vida. Cuando el hombre viva en la Unidad, comprenderá que cada átomo de vida no es sino una parte de sí mismo.

Este reconocimiento despedaza al yo adquisitivo y egoísta y desvela la concordancia con lo Bello en sí»¹.

Frente a cualquier experiencia deberíamos de comportarnos como observadores atentos, casi como si no nos pasara directamente a nosotros. Como espectadores desapegados deberíamos aceptarla, sin contraposiciones, aunque sea desagradable, sin criticar o comentar, disfrutando de ella libremente. Sólo esta actitud genera la lucidez para actuar conscientemente, de modo inteligente y sabio.

Por contra, si se está identificado, se corre el riesgo de comportarse de manera desconsiderada, no ponderada y reactiva. De hecho, se llegan a crear cadenas de acciones y reacciones que no conducen a la solución del problema, sino que amplifican el sufrimiento en vez de disolverlo, volviéndolo totalmente abarcador, como si no existiese nada más, sin comprender que se trata de un evento momentáneo. Por lo tanto, nos quedamos a merced del evento.

¹ *Ibíd.*, II, IV, 28

El verdadero discípulo o aspirante a discípulo de la “Vía del Fuego” toma en sus manos las riendas de su propia vida, observa y toma decisiones ponderadas. No se desanima, sino que, de hecho, transforma el sufrimiento en conocimiento, sin detenerse ante las motivaciones aparentes de su acción, observándose en profundidad. Y las experiencias que vive son combustibles para el fuego del conocimiento de sí mismo.

No es importante lo que se realiza ni las determinadas experiencias que acontecen, sino su profunda comprensión, que reconduce siempre la atención al aspecto concienical. Este proceso fomenta la purificación y, para purificarse es importante, sobre todo, comprender el sufrimiento, aceptarlo, para después desapegarse de él.

El desapego se produce gradualmente:

«La cualidad del desapego es proporcional al nivel de conciencia realizado (o sea, *vivido en acto*) por el discípulo»¹.

De hecho, la reacción a la pérdida del objeto, o sea, del apoyo, cambia cuando la conciencia crece y se vuelve adulta, o sea, se amplía.

Por tanto, el contenido o el objeto no es ya totalmente abarcador, porque ha cambiado la actitud concienical hacia él, y esto acontece cuando se deja de prestarle atención de

¹ ZACCONE, Sergio: *Il distacco* en Vidya (abril 1997) pp. 1-11 (la cursiva es nuestra).

forma automática para redimensionarlo y mirar más allá. En realidad, no es el contenido en sí lo que atrae la atención, “sino lo que en nosotros se identifica con el yo-debilidad”¹ y que necesita el contenido. La desidentificación respecto del yo determinará la desaparición de todo deseo, de toda necesidad, y nos hará reconectar con nuestra Naturaleza profunda, el divino en nosotros.

«Existe una pantalla y una película que se proyecta sobre ella. A menudo el individuo se identifica con la película del devenir, por tanto, con la superposición. El Liberado se sumerge en la pantalla, siempre idéntica a sí mismo, más allá del tiempo y del espacio; esto implica que se reintegra en la esencia del Fuego»².

Y así es como la profunda comprensión de una experiencia, aunque sea dolorosa, puede transformar el propio sufrimiento también en servicio hacia los demás. Se puede llevar así “una nota” de Conocimiento o servir de ejemplo, ya sea para aquellos que han vivido una experiencia similar o, en general, también para aquellos que no la han vivido, proporcionando un ejemplo de vida consciente. Una actitud *tamásica* o *rajásica*, normalmente fomentada por un yo indigente y egoísta, será entonces sustituida por un comportamiento *sattvico* y con ello podrán nacer impulsos de altruismo y de amor incondicionado hacia los demás.

¹ ZACCONE, Sergio: *Il distacco* en Vidya (abril 1997) p. 3

² Raphael: *La Triple Vía del Fuego*, II, II, 1

LA ACEPTACIÓN

Aceptar no es fácil, más aún cuando se trata de renunciar a algo con lo que estás completamente identificado. De aquí el conflicto entre el Alma que busca un *sí* y el yo que se resiste y continúa diciendo *que no*, o que trata de ofrecerlo “*todo... menos aquello que el Alma pide*”.

La aceptación no es resignación. Uno puede resignarse, pero eso no significa que haya aceptado. La resignación parte de la periferia, la aceptación parte del centro, y cuando es la conciencia la que dice que *sí*, todo el ser dice que *sí*.

Es menester del Alma resolver el apego-identificación con la forma, tanto física como psíquica: el cuerpo está destinado a ajarse, a enfermar, a morir, tanto más los sentimientos y las opiniones.

En relación con estos últimos, el Alma busca destruir los tabúes y abatir los dogmas. Quiere, en suma, eliminar todos esos obstáculos que han impedido e impiden que el Ser se exprese plena y libremente.

Con la aceptación, cada resistencia es vencida y todo temor derrotado. Aceptando un evento doloroso, de hoy y de ayer, lo reintegramos en nuestra conciencia y reintegrándolo nos liberamos del sufrimiento ligado a la identificación, la cual no puede resistir sin un objeto.

La aceptación hace posible lo que parece imposible; hace que afrontemos la crucifixión con la divina indiferencia

de quien, muerto¹, no teme a la muerte; divina indiferencia que es siempre acompañada de una noble compostura.

“Es fácil para ti, que eres fuerte”, podría decir quien observa desde el exterior y no sabe. La respuesta es “soy fuerte porque me he desapegado”.

El desapego o la divina indiferencia con la que se afronta la prueba llega sólo a través de la aceptación y, por tanto, parte de la conciencia que, ya madura, y tras una primera desorientación, encuentra siempre el centro desde cual poder pronunciar su sí.

¹ Muerto, cuando ha aceptado la cruz.

¿QUIERES?

El yo no hace otra cosa que filosofar sobre esto o aquello y a menudo también sobre él mismo. Así, cuando un ser toma conciencia de algún principio universal, si se observa a sí mismo, nota una discordancia entre lo que él es en el espacio-tiempo y el principio que ha reconocido. Es el momento de la crisis. Sin embargo, incluso ahora el yo sigue buscando únicamente la disquisición: “yo debería ser así, sería justo actuar de este modo, debería...”. Y puede incluso terminar por concluir muy cómodamente: “no estoy todavía a la altura de hacerlo”.

Cierto, romper una circunferencia no es fácil. Vivir un Principio significa morir a uno mismo y esto no es el acto heroico de un momento, sino la realización incansable hecha instante a instante, incluso con las cosas que pueden parecer más insulsas, también cuando el yo no quiere plegarse con el pretexto de que lo está haciendo para «ayudar a algún otro a comprender».

Se necesita ante todo ser sincero con uno mismo; es necesario ser humildes, esto es, considerar objetivamente y con coraje nuestra condición espacio-temporal, si de verdad queremos reconocer las cualificaciones *egoicas* que nos impiden ser.

«La intensidad de la conciencia se ve cuando salta el abismo, no cuando pasea por prados floridos. Aprended a trabajar con infatigable decisión y sed bendecidos»¹.

Es solamente cuando se sobrepasa el abismo cuando podemos constatar si Realización y Liberación son palabras agradables para nuestros oídos y útiles para lograr asumir una máscara moral, o bien si representan el Faro al cual miramos en cada momento de nuestra vida, también cuando arrecia la tempestad. Si hay una verdadera aspiración en nosotros, puede también ocasionalmente ocurrir que un gran oleaje nos domine, pero nuestros ojos siempre permanecen fijados en el Faro, a la espera de que el oleaje se calme y nos permita ver de nuevo claramente. Si se ha comprendido la inmensidad de la Realización, no puede haber circunstancia u obstáculo, cualquier que sea su género, que puedan justificar las tentativas del yo que desea vivir su vida de sueños.

Uno de los requisitos indispensables para el discípulo del *Yoga* y para todo auténtico buscador es la fe, *śraddhā*, fe entendida como certeza en la meta. Ha sido esta fe la que, a pesar de los obstáculos y la incredulidad, ha llevado a Colón a América, al matrimonio Curie al descubrimiento del radio, etc. Es la fe lo que «produce la manifestación de las aspiraciones del propio corazón»². Ella constituye el firme anhelo a la trascendencia en todo momento de la vida.

¹ Morya (Maestro e inspirador de la Sociedad Teosófica fundada por H.P. Blavatsky).

² *Bhagavadgītā*, Consideraciones de Ráphael al decimoséptimo capítulo. Āśram Vidyā España, Madrid

«Sígueme y deja que esa gente hable. Sé firme como una torre cuya cúspide no se doblega jamás al embate de los vientos»¹.

¹ Dante, *Purgatorio* V, *La Divina Comedia*. Editorial Austral, Madrid.

NOVEDADES EDITORIALES

Uttaragītā, El Canto Sucesivo, a cargo del Grupo Kevala.

104 páginas. Āśram Vidyā España, Madrid

Introducción

Esta obra, conocida como *Uttaragītā*, esto es, “El Canto sucesivo”, según algunos exegetas forma parte del *Mahābhārata*, la gran epopeya india. En la literatura tradicional hindú el término *gītā* –o sea, “canto”– suele significar una composición lírica insertada en el contexto de la *Smṛti* o Tradición recordada, con una instrucción doctrinaria precisa. Por lo general, en este género de obras, las estrofas son de un único tipo pero, en ocasiones, como en el caso del *Uttaragītā*, pueden ser de varias clases.

Entre los numerosos “Cantos” de los que puede preciarse la tradición filosófica india, el más conocido es sin duda alguna la *Bhagavadgītā*¹. En ella, como ya sabemos, se toman en consideración y se profundiza en todas las principales sendas que conducen a la Realización espiritual, es decir las diversas Vías que conducen a la trascendencia, exponiéndolas como *yoga* o medios de Unión con el Divino.

Parangonándola con la *Bhagavadgītā*, de la que representa una síntesis y respecto de la que la Enseñanza es presentada de manera más concisa y, en cierto sentido,

¹ *Bhagavadgītā (El Canto del Beato)*, Traducción y comentario de Ráphael. Āśram Vidyā España. Madrid.

de forma más práctica, la *Uttaragītā* puede ser considerada como una suerte de complemento integrador, especialmente por lo que se refiere a los capítulos que conciernen al conocimiento, a la meditación, a la renuncia, a la Acción-sin-acción y así sucesivamente. De hecho, en el “Canto sucesivo” se exponen tan sólo algunas de dichas modalidades y, de forma especial, aquellas relativas a la realización mediante el Conocimiento, varios tipos de meditación, la renuncia como estado concienical y la penetración concienical en ciertos símbolos. “El Canto sucesivo” procura, en particular, profundizar en cuestiones de carácter práctico, de definir exhaustivamente el estado de Aquel que ha conseguido la Realización y, sobre todo, aporta indicaciones concretas sobre las diversas formas de meditación aptas para la consecución de la Realización. Respecto a esta última, se presentan también algunas imágenes simbólicas que ponen de manifiesto la correspondencia existente entre el microcosmo individual, que es la expresión del plano humano, y el macrocosmo universal cual expresión del plano divino.

En otras palabras, la *Uttaragītā* resume las instrucciones que el Señor Keśava imparte de nuevo a Arjuna, habiendo éste manifestado su voluntad de profundizar en las instrucciones sobre la realización del *ātman*.

También la *Uttaragītā* ofrece instrucciones en la habitual forma de diálogo entre el Instructor y su discípulo, dejando al margen –al considerarlas como ya resueltas– posibles cuestiones de orden puramente teórico. Los temas se afrontan con preguntas bien precisas, seguidas por concisas pero exhaustivas respuestas. Esta Obra está caracterizada por sus expresiones extremadamente sintéticas, lo que las

hacen particularmente aptas para impartir de modo directo la instrucción realizadora, prescindiendo de las diferencias entre las distintas modalidades, condiciones y situaciones contingentes.

La *Uttaragītā* consta de 119 versos de distinta constitución métrica, distribuidos en tres capítulos. En el primero, se examina la naturaleza del *ātman*; en el segundo, los diferentes tipos de meditación y las formas simbólicas a penetrar concientemente; en el tercero, se consideran algunos problemas de orden práctico tales como los obstáculos que la vida profana opone al Conocimiento, el límite de las condiciones y la resolución con la que es necesario emprender la vía realizadora y perseverar en recorrerla.

Veamos ahora en líneas generales cómo se subdivide la exposición de “El Canto sucesivo”.

Arjuna, contrariamente a la Enseñanza *kṣatriya* que ha recibido en la *Bhagavadgītā*, se dirige ahora de nuevo al Señor Keśava (epíteto sobre todo de *Kṛṣṇa*) para recibir esta vez la Enseñanza que trata del Conocimiento supremo, esto es, del Conocimiento que desvela la identidad con *Eso* (*Brahman nirguṇa*)¹.

Si el ser humano experimenta el dolor a través de la experiencia de la vida y de sus condiciones y, si la vida misma, en tanto que condición relativa, es el producto de una ilusión y ésta a su vez de la ignorancia-*avidyā*, pregunta Arjuna, ¿qué Conocimiento es por sí solo capaz de disipar las dudas y quitar el velo que encubre la Realidad? ¿Qué Conocimiento ha sido desvelado, mediante el cual el dolor

¹ Eso = Aquello = Aquél = *Brahman nirguṇa*

y la futilidad de la experiencia se disipan por completo, dejando el campo a la Plenitud autoexistente?

Si el mundo de las formas es pura apariencia –dice el Señor–, el discípulo debe apartar su interés por ellas y volverse hacia el Sustrato, hacia *Eso*: «la verdadera esencia» de todas las cosas y de nosotros mismos, el *Brahman*. Cuando uno conoce el *Brahman*, se libera al instante por haber alcanzado la identidad con Él, «inmutable e indestruible, allende nacimiento y muerte».

¿Dónde hay que buscar el *Brahman*? En el interior de uno mismo, en el «profundo estado de autoconcentración en uno mismo», estado que es posible conseguir y desvelar completamente cuando la mente se ha liberado de la esclavitud del deseo y del apego. Meditar sobre el *ātman* –dice la *Uttaragītā*– significa «volcar la consciencia sobre sí misma» hasta que, habiendo agotado su potencialidad de proyección, «la Conciencia repose en sí misma», en su propia naturaleza infinita y exenta de movimiento. Al principio, ello puede representar una dificultad aparentemente insuperable debido a la costumbre extravertida de la mente; sin embargo, el aspirante debe pasar gradualmente de una meditación formal a una informal, intentando *resolverse* en la consciencia del *ātman*. Esto producirá inevitablemente una expansión ilimitada de conciencia, y por tanto, la *disolución* de la conciencia individualizada –sumergida en el devenir-relativo-aparente con el que se ha identificado– en la *Conciencia* pura y absoluta que, tal y como sentencia el *Vedānta*, es el sustrato eterno y la esencia inmutable del Ser metafísico puro.

También la *Uttaragītā* describe la naturaleza de la realización y, en particular, de Quien ha conseguido desvelar por completo al *ātman*. Su “reflejo” ha pasado de una condición existencial individualizada a una auténtica a-*condición metaexistencial*, es decir, ha trascendido el devenir dimensional, alcanzando una Consciencia pura exenta de contenidos e identificaciones, que es al mismo tiempo testigo y sede de toda dimensión y posibilidad: el espacio, el tiempo y el nexo de causalidad son proyecciones mentales, parámetros de valor relativo que para el *ātman* constituyen un objeto; por otro lado, nosotros podemos tener experiencia de ellos y en su interior precisamente porque nuestra auténtica naturaleza los trasciende y al mismo tiempo los abarca. Es por esto que, dirigiendo adecuadamente la propia consciencia, podemos elevarnos del plano objetivo –al cual pertenecen las dimensiones espacio-tiempo-causa– hasta abstraernos completamente de su alcance para, al final, poder reconocerlo desde la perspectiva del *ātman* como una relatividad superpuesta.

Tras haber desvelado el *ātman*, dice la *Uttaragītā*, toda disciplina ha de ser abandonada, todo medio dejado de lado por haber alcanzado la finalidad. Por otra parte, al “Acabado y Perfecto”, que *es* Consciencia pura sin límites, no le queda ya deber alguno por cumplir, habiéndose Él asentado más allá del reino de la relación y de la causalidad. Como a menudo se reitera, Él es el único auténtico concedor de los *Veda*, y no quienes, si bien eruditos que se han enriquecidos de nociones, alimentan opiniones personales y ostentan propias convicciones sobre la realidad.

Así pues, la forma no concierne ya al Conocedor, pues Éste ha resuelto la forma, la sustancia y también a sí mismo –en tanto que centro individualizado– en la Esencia pura. Su cuerpo es pura apariencia, si bien a los no-conocedores se les manifiesta como una forma-imagen consistente; aunque sus pensamientos y sus acciones –para los que no pueden reconocer su estado trascendente– parecen ser actos deliberados, en realidad son puras y auténticas expresiones espontáneas, desvinculadas de todo condicionamiento subconsciente o reactivo, desprovistos de finalidad o motivaciones; en suma, su propia existencia es una sombra fugaz que no deja huellas, aun siendo y vibrando una Presencia radiante e ilimitada porque, al ser Conciencia pura, no vive el devenir, sino que Él simplemente *es*.

Tampoco hay que olvidar la ayuda de los símbolos, continúa la *Uttaragītā*. El *ātman* no es espacio pero, así como en el espacio están contenidos todos los objetos, del mismo modo la a-espacialidad del *ātman* abarca la totalidad de las cosas: el *ātman* es el Sujeto trascendente que está más allá de la relación con el sujeto-objeto, dado que este sujeto-objeto se revela como un mero “reflejo” de Aquél.

Lo que frena o ralentiza la propia iluminación es el contacto continuo con el plano formal mientras existe por él, o por alguno de sus aspectos y contenidos, una identificación. Para revelar el *ātman* hace falta «liberar de toda referencia a la propia consciencia refleja» y descubrir, con la íntima *maravilla* que acompaña toda auténtica elevación espiritual, la constante *permanencia* de la Consciencia, su *autoexistencia* y su *condición a-condicional* para con los contenidos eventuales.

Lo Real, es sabido, es definido por el *Vedānta* como *sin atributos*: ésta no es, obviamente, una definición negativa, sino una afirmación infinitamente positiva porque todo lo que es atributo se revela como algo superpuesto, en consecuencia, no-absoluto. Pregunta entonces Arjuna: ¿cómo es posible alcanzar la consciencia del *ātman* carente de atributos, si la mente puede concebir sólo lo que posee atributos? La respuesta del Señor es sencilla y resolutoria: dicha consciencia se evidencia por sí misma cuando devenimos conscientes de que «nosotros mismos somos todo eso». Por tanto, no debemos ni pensar ni observar nada, sino sólo dejar que la Consciencia repose en sí misma, *libre de ser*.

Otra cuestión es la relativa a la carga karmática. Si siempre somos el *ātman*, ¿quién es, entonces, el que está condicionado por el peso del propio pasado? Si la condición individualizada es una superposición, ¿sobre qué sustrato se sostiene? *Karma*, acción y superposición –dice el Señor– no tienen existencia real, por tanto, no es absoluta: su “imagen”, si así podemos llamarla, es también una proyección mental que se deriva de la ignorancia, otro efecto de la ilusión, y su persistencia es el síntoma de un despertar que todavía no se ha realizado.

Tarea del discípulo es la de perseverar en la solución de sus propios contenidos hasta que lo Real se evidencie por sí mismo: incluso el propio ser, como ente “individualizado”, no es sino un estado relativo y superpuesto y, como cualquier otro objeto que manifiesta limitaciones y relatividad, ha de ser trascendido.

En el segundo capítulo se profundiza principalmente en la naturaleza del *ātman*, ofreciendo también diversos

parangones como soportes para la intuición. Si la superposición es un simple “reflejo-rayo” del Sustrato, tampoco la condición individualizada está en antítesis con la Verdad: en otras palabras, el sí-mismo individualizado no es otra cosa que el *ātman* supremo visto desde una perspectiva particular. Si el sí-mismo individualizado es aquel que conoce, actúa, disfruta de las cosas, experimenta los resultados de la acción, etc., el supremo *ātman* es el Testigo que excede toda contingencia. Así pues, también el microcosmos individual y el macrocosmos universal se corresponden y, aunque en diferentes niveles, expresan el mismo equilibrio: de aquí la posibilidad de transmutación catártica del propio ser mediante la rememorada consciencia, presente en las diversas funciones y tendencias energético-expresivas del Ser en el ser.

La *consciencia* –se reitera al final del segundo capítulo– es el único medio, porque es esencialmente *idéntico* al Fin, en el que se resuelve. Por el contrario, intentar comprender la Realidad mediante el instrumento mental es simplemente imposible, porque el *ātman* es totalmente trascendente y, por consiguiente, está fuera del alcance de la mente.

En el tercer capítulo se le recuerda al discípulo que la vida empírica opone muchos tipos de obstáculos para la consecución del conocimiento-realización: para superarlos, debemos ante todo reconocerlos como tales. También el conocimiento erudito representa un impedimento, así como en general todo lo que está relacionado con la forma: en cambio, el Sin-forma habita en todo lugar y tiempo, porque está más allá del espacio, del tiempo y de toda relación. No

existe, por tanto, acto alguno que genere su develación, ni práctica alguna que permita su individuación: la disciplina se ha de ejercer *sobre uno mismo*, sobre nuestra manera de sentir a través de la conciencia y, en consecuencia, sobre nuestra manera de *ser*.

Así pues, realizar el *ātman* –meta de toda peregrinación existencial, causa de una pacificación plena y fuente de toda bienaventuranza y total plenitud– significa *reconocer que nosotros mismos somos el ātman*, Uno e infinito, más allá de toda posible aparente dualidad o diferenciación; significa reconocerse como Conciencia pura más allá de todo contenido, Ser puro más allá de todo aspecto instantáneo del devenir. Tan sólo entonces –esto es, cuando hayamos sido capaces de resolver la totalidad en la posibilidad y ésta en el “*ātman*” puro cual Consciencia libre, estable y real, omniabarcante y omnipotente–, cuando se realice nuestra auténtica e innegable naturaleza de eternidad e infinitud, todo será perfecto en nosotros y ni la acción ni la experiencia ni el renacimiento eventual tendrán ya razón de ser alguna.

Dada la particular forma de expresión de esta Obra, reiteramos que es necesario que nos detengamos no solamente en las frases, sino también en cada una de las palabras, con el propósito de penetrar intuitivamente en su forma, aprehender su sustancia y asimilar conscientemente la Enseñanza en ella contenida.

También de la *Uttaragitā* existen diversos comentarios hechos por eminentes Sabios; el más conocido de ellos es, sin duda alguna, el que es atribuido a Gauḍapāda, Maestro del Maestro de Śaṅkara.

COLECCIÓN ĀŚRAM VIDYĀ ESPAÑA

- 1) *Más allá de la duda*, de Ráphael
- 2) *Yogadarśana**, de Patañjali.
- 3) *¿Qué Democracia? Referencias para un buen gobierno*, de Ráphael
- 4) *Tat Tvam Asi – Tú eres Eso*, de Ráphael
- 5) *La Triple Vía del Fuego*, de Ráphael
- 6) *Esencia y Finalidad del Yoga. Las vías iniciáticas a la trascendencia*, de Ráphael
- 7) *Pensamiento hindú y Mística carmelitana*, de Svāmi Siddheśvarānanda.
- 8) *Fuego de Ascesis*, de Ráphael
- 9) *Más allá de la ilusión del yo. Síntesis de un proceso realizador*, de Ráphael.
- 10) *Fuego de despertar. Unidad en el Cambio*, de Ráphael.
- 11) *Bhagavadgītā. El Canto del Beato**.
- 12) *Vivekacūḍāmaṇi**, de Śaṅkara.
- 13) *Fuego de Filósofos*, de Ráphael
- 14) *En las Fuentes de la Vida*, de Ráphael.
- 15) *Drigsdriśyaviveka**, atribuído a Śaṅkara.
- 16) *El Sendero de la No-udalidad (Advaitavāda)*, de Ráphael

- 17) *Orfismo y Tradición Iniciática*, de Ráphael
18) *Parménides*, de Ráphael
19) *Uttaragītā, El Canto Sucesivo*, a cargo del Grupo Kevala

Próximos títulos:

- *Obras Breves*, de Śaṅkara
- *Aparokṣānubhūti**, de Śaṅkara
- *La Vía del Fuego según la Cábala*, de Ráphael

* Traducidos del sánscrito y comentados por Ráphael

Vidyā es un periódico cuyos artículos se relacionan con la *Philosophia perennis* o Metafísica tradicional y cuyo propósito es esencialmente *realizativo*.

La palabra sánscrita *vidyā* significa conocimiento, sabiduría, ciencia, y deriva de la raíz *vid* (de ahí *Veda*) que significa ver-saber. *Vidyā* está también asociada a la palabra *satya*, de la raíz *sat*: “ser”; por tanto, “conocer es ser”; esto representa el principio mismo de la Metafísica tradicional que es exclusivamente “Conocimiento de Identidad”.

Así, *sophía*, *gnosis*, en su acepción tradicional, significan Conocimiento-sabiduría y ésta es catártica, lleva a la *metánoia*, a una transformación profunda de la conciencia, es decir, a una modificación en el pensar, sentir y vivir. Bajo esta perspectiva, es necesario poner mucha atención porque hay una clara distinción entre Conocimiento y erudición.

Si *vidyā-gnosis-sophía* es puro conocimiento, entonces existe un solo Conocimiento, una sola Filosofía, una sola Metafísica, así como un solo Arte y una sola Literatura.

Los libros editados por Āśram Vidyā España (véase página anterior) pueden encontrarse en las librerías. No obstante, si, por cualquier causa, esto no fuera posible, pueden ser solicitados a:

E-mail: vidya@asramvidya.es